

### **Una pregunta por lo humano en los límites de la experiencia**

El relato titulado “Prodigios” parece ilustrar con gran claridad y precisión el carácter paradójico de la enfermedad al que Sacks ha buscado aproximarse a lo largo de las diferentes narraciones que componen esta obra. En concreto, como anota en el prólogo del libro, se trata de interrogarse sobre la relación paradójica entre el padecimiento de ciertas “enfermedades y trastornos” que implican grandes limitaciones vitales, y que al mismo tiempo hacen surgir “capacidades, desarrollos, evoluciones y formas de vida latentes” insospechadas e inimaginables en ausencia de aquéllos. En una curiosa resonancia, el título mismo del capítulo *presagia* la enorme tensión a la que se ve sometida nuestra comprensión habitual de algunos de los aspectos que configuran lo más humano de nuestra humanidad. Etimológicamente, la palabra prodigio viene del latín *prodigium*, vocablo que designaba en su origen un signo profético o un hecho que anuncia y afirma el futuro. Los romanos, particularmente dados a la superstición, consideraban como anuncios proféticos a los sucesos anómalos de la naturaleza, en particular las malformaciones físicas, y de ahí la palabra toma el sentido de hecho maravilloso o milagroso, pero también indica algo monstruoso y extraño. De ahí podemos comprender, como señala Sacks, que históricamente el autismo ha provocado siempre una “actitud de asombro, temor o perplejidad”. Asimismo, en el caso de los llamados *idiots savants*, se pone de relieve la estrecha relación entre una alteración particular y los extraordinarios talentos que poseen aquellos seres descritos a lo largo del capítulo. Paradójicamente, solemos comprender el talento como una aptitud especial para realizar una actividad determinada, y en muchos casos se asume el talento como sinónimo de inteligencia. Por otro lado, los diversos talentos de una persona son los indicios de una identidad específica que permiten resaltar al mismo tiempo su carácter único y su diferencia frente a los demás. En este sentido, no es casualidad que cotidianamente describamos a las

personas cercanas a nosotros apelando a las áreas en las que destacan, siendo estas, por lo general, un buen indicador de *quiénes son*. Esto es especialmente cierto cuando pensamos en los artistas, en cuyas obras parecen conjugarse todos estos elementos para así configurar aquello que solemos llamar un *estilo particular*.

Sin embargo, los *savants* parecen poner en entredicho todo lo que solemos asumir sobre la identidad personal. En su caso, parece imposible separar el talento extraordinario de las aparentes carencias que limitan fundamentalmente su experiencia cotidiana. ¿Cómo comprender esto? ¿Son seres talentosos *a pesar de* su enfermedad, o bien sus habilidades son posibles únicamente *gracias a* ella? ¿Hasta qué punto es legítimo pensar su enfermedad como un *don*, en el sentido de aquello que nos es otorgado por la naturaleza? ¿Es su talento el indicio de una identidad específica o sencillamente el resultado de un proceso automático ajeno a la individualidad? Y, por último, ¿tenemos algo en común, o debemos entender su humanidad en un nivel radicalmente distinto? Considero que todos estos interrogantes constituyen la tensión que recorre el texto y transmiten adecuadamente la extraña vacilación de la que hace prueba Sacks a lo largo de su propia narración. En este sentido, la reflexión seguirá dos momentos distintos que buscan captar la evolución del texto al mismo tiempo que profundizan en los diversos interrogantes aquí planteados.

## **I. Los límites de la disección**

En el primer momento del texto Sacks hace un breve recuento histórico del abordaje científico del autismo, así como hace un retrato general de las características generales que definen a los *savants*. Los diversos talentos particulares de estos seres abarcan diferentes esferas del mundo humano como la música, el cálculo, la pintura o la memoria, y en algunos casos estos talentos se combinan y florecen en múltiples áreas al mismo tiempo, como en el caso de Stephen, que, en palabras del mismo Sacks, “no sólo era un *idiot savant*, era también un niño prodigio”. Al lado de estas habilidades extraordinarias, los *savants* se caracterizan por un aislamiento radical frente al resto de la comunidad humana. Como explica Sacks, el autismo parece tener como “rasgo cardinal” la soledad mental, específicamente en las interacciones con las demás personas. En términos generales, manifiestan comportamientos

obsesivos y rutinarios, gestos repetitivos y bruscos y un cierto automatismo que explica en parte por qué, durante mucho tiempo, se los consideraba sencillamente como idiotas carentes de humanidad. En sintonía con los grandes avances técnicos del último siglo en el área de la medicina, el interés por los *savants* y sus talentos evolucionó más allá de la mera curiosidad anecdótica hasta considerarse como una forma de acceso privilegiado para el “entendimiento general de la inteligencia y el talento”. Este cambio en la forma de aproximarse a los *savants* permitió comprender que sus talentos obedecían a un desarrollo radicalmente distinto del de las personas con talentos “normales”.

Más allá de las posibles explicaciones orgánicas o causales detrás de dichos talentos, llama la atención la insistencia en el carácter “bruto” o “innato” de dichos talentos, así como su aparente independencia frente al ámbito de la consciencia y de la voluntad, como en el caso de Jedediah Buxton, cuyos “prodigiosos cálculos tenían lugar automáticamente, y sólo vertían sus resultados en la conciencia tras completarse”. A diferencia de estos talentos particulares, se suele asumir el talento como el resultado de una combinación entre características innatas y la experiencia particular de un individuo y sus vivencias. Pero en el caso de los *savants*, este proceso vital no parece ocurrir, o sucede de forma radicalmente distinta. Lejos de constituir una ventaja, la independencia o automatismo del talento frente al “yo” supone un dominio sobre la vida del individuo. En este sentido, la imposibilidad de poner a distancia la expresión del talento en el cotidiano parece constituir el rasgo principal de los *savants*. ¿No es acaso esta dificultad una de las características esenciales de la enfermedad? Todo parece indicar que los *savants* padecen una alteración en la esfera de la autonomía, entendida en su doble acepción: por un lado, no tienen la facultad de poner a distancia sus propias posibilidades; por otro lado, no son capaces de desenvolverse solos en el mundo sin ayuda, como sugiere Sacks cuando dice de Stephen que “era capaz de dibujar con la mayor facilidad cualquier calle que veía, pero no podía cruzar ninguna sin ayuda”.

Paradójicamente, el talento de Stephen parece ser al mismo tiempo la fuente de su debilidad y una promesa de salvación. Sacks anota que, a diferencia de José, el “artista autista” que también poseía un enorme talento para el dibujo, pero que se “estaba consumiendo en un hospital psiquiátrico”, Stephen había tenido la suerte de estar rodeado de personas interesadas por desarrollar su talento, y que, hasta cierto punto, le permitían

“activar” su dibujo, como en el caso de Chris Marris o Margaret Hewson. ¿Podría decirse entonces que su talento le permitió superar las carencias de su enfermedad? Si bien la posibilidad de recorrer el mundo, de vivir una vida de artista itinerante pareció permitirle a Stephen ampliar sus posibilidades vitales, Sacks anota los límites de la promesa de una vida “normal”: a pesar de ser un gran artista reconocido, “Chris y los demás, incluso los más compasivos, parecían verle como alguien que carecía en gran medida de intelecto e identidad”. ¿Acaso Stephen carecía de identidad? ¿En qué medida podía su arte considerarse como arte? O en palabras del mismo Sacks: “¿Acaso no era el arte, en su quintaesencia, la expresión de una visión personal, de un yo?” Para contestar estas preguntas, no parece ser suficiente la aproximación desinteresada y objetiva del proceder científico. En efecto, como parece comprobar Sacks, la mirada científica presupone la posibilidad de descomponer a la persona en diferentes facultades medibles y cuantificables, facultades que, en un segundo momento, podrán ser comparadas con una norma: “Las pruebas también me producían cierta desazón, como si estuviera reduciendo a Stephen a carencias y dotes en lugar de verle como a un ser humano, una totalidad”.

## **II. “¿Hay alguien ahí?”: identidad, arte y compensación**

El talento de Stephen, a pesar de lo extraordinario, no parece tener un desarrollo significativo con el paso de los años. A pesar de lo que sugieren algunas variaciones en sus dibujos, e incluso la presencia de un cierto estilo particular, para Sacks no está del todo claro si dichas construcciones individuales podían ser, “en un sentido más profundo, creaciones”. Al acompañar a Stephen en su mundo cotidiano, descubre rápidamente que los modelos normativos desde los cuales se busca comprenderlo son radicalmente inapropiados. ¿Existe una sola forma de ser humano? ¿Puede ser el arte otra cosa más que la expresión de una personalidad? Implícitamente, valoramos las cosas según nuestra familiaridad con ellas. En el caso de Stephen, su propio talento no le suscitaba ningún motivo de asombro. Era quizá, de manera más sencilla, la simple expresión de una forma distinta de relacionarse con el mundo. Como anota Sacks, desde el punto de vista de Stephen, “¿qué importancia tenía para él el «significado»? ¿Hasta qué punto captaba el significado de lo que dibujaba? ¿Y hasta

qué punto era importante si lo captaba o no?”. Todo indica que entre más tiempo compartía con Stephen, más difícil se hacía determinarlo como un ser “aislado”, tal y como estaba definido según su enfermedad.

Pero, por otra parte, ¿qué sentido tenían las “fluctuaciones de su estado”? ¿Acaso podía existir una “desactivación” del autismo, aun cuando la enfermedad parecía ejercer en él una especie de dictadura permanente? Es difícil negar las limitaciones impuestas por su condición, pero la existencia en el cotidiano de breves momentos de apertura y de lucidez no solo advierten a Sacks sobre los peligros de “subestimar” a Stephen, también nos permiten entender en qué sentido decimos que la enfermedad es una forma de alteración. Más que una forma de limitación, la enfermedad especifica radicalmente. No tiene sentido buscar una identidad más allá de la enfermedad cuando justamente es ésta la que determina una individualidad. De modo que la barrera a la que se enfrenta Sacks en algunos momentos de su narración parece estar compuesta ante todo por sus propias expectativas. Para las personas “normales”, se asume el “yo” como algo interior, y en ese sentido la propia mirada de Sacks esta condicionada a buscar algo que ya está supuesto desde un principio. A diferencia del mirar ingenuo y cándido de Stephen, el mirar de Sacks –nuestro propio mirar– no está libre de suposiciones. Si frente a la radical diferencia de modo de ser de Stephen somos como antropólogos en Marte, habría que ver hasta qué punto el mismo Stephen no es, frente a nosotros, algo así como un marciólogo en la Tierra. Pero esa radical diferencia no supone una ruptura total. Stephen juega y ríe. Desarrolla en su adolescencia un mundo de fantasías, un mundo íntimo que no quiere mostrar. Su diferencia radical se despliega sobre un telón de humanidad que nos es profundamente familiar, aunque paradójicamente extraño.

Antropológicamente, ¿es posible ver en Stephen mecanismos complejos de compensación, de acuerdo con el concepto elaborado Marquard? En su *Filosofía de la compensación*, el filósofo alemán argumenta la necesidad de substituir lo que llama el pensamiento de la obstinación, determinado por el *a pesar de*, con el concepto de la compensación, cuya formula característica sería el *en vez de*. En este sentido, la humanidad de Stephen, su identidad, talento, limitaciones y carencias no existen *a pesar de* su enfermedad. Su *manera de ser* particular, que el propio Sacks creía que le estaba vedada, supone una forma de existir profundamente humana, en dónde las carencias se ven

compensadas por una forma específica de relacionarse con el mundo. El concepto de compensación, “que significa indemnización, se refiere a un mal del que no somos la causa, sino que nos sucede como una carencia y un padecimiento que nos depara el destino: es un mal no moralizable” (Marquard, 2002, p.27). Así las cosas, la extrema particularidad de Stephen, tanto en sus fortalezas como en sus carencias, no debe eclipsar el telón de fondo profundamente humano desde el cual se despliega la existencia. No estoy tan seguro de que Sacks vea las cosas exactamente de esa forma. Me pregunto si le es posible reconocerse en Stephen, al preguntarse que “puede que él jamás evolucione, que jamás alcance el estado completo, la grandeza y la miseria del ser humano, del hombre”. ¿En qué puede consistir ese “estado completo”? Stephen “se da cuenta de que es distinto, especial”, pero difícilmente podemos afirmar que sea *consciente* de su enfermedad, al menos en el sentido de consciencia con el que estamos íntimamente familiarizados. ¿Hasta qué punto es legítimo confundir la diferencia con la enfermedad? ¿Hasta qué punto es Stephen un ser excepcional? Conuerdo con Sacks cuando dice que la pasividad de Stephen “sigue siendo extrema”. Pero, aún con su carácter extremo, su pasividad es el testimonio de un aspecto de la vida humana que pocas veces estamos dispuestos a reconocer.

### **Referencias:**

Marquard, Odo. *Filosofía de la compensación: estudios sobre antropología filosófica*. Barcelona: Paidós, 2002.

Sacks, Oliver. *Un antropólogo en Marte. Siete relatos paradójicos*. Barcelona: Anagrama, 2001.